

Ernesto Mejía Sánchez

Radiografía mesoamericana

I

Cuando yo anduve por esas tierras adentro, por la carrera de México, por la Veracruz, por la Vera Paz, por Antepaque, arriando mi recua. . . vamos comiendo y descargando y vuelto a cargar, y me voy de paso y no es menester licencia para ello, Señor Gobernador Tastuanes. *The Güegüence, A Comedy Ballet in the Nahuatl-Spanish Dialect of Nicaragua.* Philadelphia, D. G. Brinton, 1883, pp. 28 y 30.

Cuando tú las anduviste, yo las anduve y aún después. No me queda tierra por ver de todas estas tierras, Güegüence. Vamos viviendo y desviviendo, quiero decir muriéndonos, arriando la recua. Vamos en ferrocarril destartalado, en bus, en autostop, en autoestúpidos. Aquí una muchacha nos convida un gajo de naranja de oro, sentada en su mecedora, viendo pasar al que pasa, dando al viajero lo que pesa. O también en avión, entre los flanboyanes que dan su gota de sangre lenta en la selva verde, sobre las olas levantadas de Veracruz o del Golfo de Fonseca, cuidadas por jugueteantes delfines, en la tierra roja y crujierte, por los volcanes y cráteres humeantes y de hielo —todo lo tuvimos delante los ojos, menos el pasaporte, la licencia para salir o no salir y/o no regresar: la visa, el vista, la lista, el hombre listo, con el listón de seda de cada una de las siete patrias del momento, uno por y para cada uno, con sus fronteras estrechitas, cercaditas de ametralladoras. Dan ganas, Güegüence, de no salir, de no salir nunca más; más te valiera no salir que llegar al Jícaro o al Espino, donde te cargan y descargan todito el mercomún de libros que tú has escrito y te revisan página por página usando por dedo un yatagán sangriento de niño recién nacido. Todo sigue igual, es decir la miseria y la maldad; todo sigue lo mismo, menos la alegría compartida de viajar por aquí/por allá, sin ninguna frontera, porque éstas están en manos de licenciados y licenciados, de golosos que se comen la muchacha y la naranja enteritas. Ya no viajes, Güegüence, ni siquiera en jumbo jet, porque te darán en la cabeza con la metralleta o la bayoneta.

II

. . .and in 1780 sending two separate fleets to the Isthmus, one against the Spanish colonies on its easter side, the other to gain possession of Lake Nicaragua and the San Juan River on the west, and the officer commanding this second expedition was Horatio Nelson. But despite Horatio Nelson, who reported that Lake Nicaragua was the key to the whole situation, an Island of Gibraltar, which if held by England would cut Spanish America in two. . . Helen Nicolay, *The Bridge of Water.* London, 1899, IV, 98.

En la mañanita, la niña se estaba bañando en el río, ya sólo los pies tenía en el agua, peinándose el cabello denso; la tropa india fiel vigilaba que no la vieran los oficiales blancos ni los ladinos, siempre curiosos. El padre, el comandante, agonizaba lentamente en su cama, envuelto en holandas empapadas de alcohol, por mitigar la fiebre palúdica. En eso rompió el ramaje espeso el fogonazo rojo del inglés y en un segundo se vió el Castillo cercado por un hormiguero de balandras de Su Majestad Británica. La niña gritó: ¡Fuego griego! Los oficiales blancos creyeron que estaba loca de pronto por las lecturas de Tucídides o de no sé quién que había oído de su padre. ¡Fuego griego! , volvió a gritar la niña; los oficiales creían que se espantaba por el fuego furioso de los ingleses contra los muros. ¡Fuego griego! gritó desesperada y arrancó las sábanas ardientes de su padre y en ramas secas las lanzó encendidas a la corriente del río. Las llamas comenzaron a lamer y a quemar la balandronada inglesa. La flota abrasada por el fuego huyó como alma perseguida por el Infierno. Nelson se llevó un ojo quemado, dicen que por el arcabuz de la muchacha, que además tenía buena puntería. Nada de esto cuenta Miss Helen Nicolay en su *Puente de Agua*, quizá porque se piensa que el agua es elemento enemigo del fuego. Es lástima, porque toda mujer debe saber que es ciertamente lo contrario. Y por cierto hubiera hecho mucho honor a su sexo.

III

Nov. 25. Going down the coast of Costa Rica. Rain all day. A plague on all Central American republics with their corruption, their cuteness, their dictators, their mordidas, their tourists, their fatuous revolutions, their volcanoes, their history and their heat! / The abomination of desolation, standing in the holy place. Malcolm Lowry, *Through the Panama* (1947).

Bajando o subiendo la costa de Costa Rica, antigua Castilla del Oro, costa pobre, es la misma costa de toda Centroamérica, azotada desde el siglo XVI: los Pedrarias, los volcanes, los terremotos, la corrupción y el mando. La fatua revolución de los hermanitos Contreras, los mismos somozuelos que asesinaron al Obispo Valdivieso y se proclamaron Príncipes y terminaron ahogados en un pantano panameño, un día de San Jorge. Qué linda es esta tierra: sus flores y sus frutos, sus aromas y sabores, los tiene uno desde niño fundidos en el hipotálamo, para que venga luego el tirano y te pegue un balazo resplandeciente en la nuca. Pasan los turistas, los travelers que escriben libros sesudos como Squier, que William Walker utiliza para quemar Granada. O Thomas Belt, que tiene ojo de hormiga para las flores y las mujeres; sus páginas sirven para la explotación de las minas. Ni el Padre Bobadilla, que bautizó cuarenta mil nativos a orillas del Lago grande en una sola tarde, ni fray Alonso Ponce, que abrevó los dialectos para la salvación de sus almas, ni la Rockefeller Foundation que gastó millones para desterrar el paludismo, ni Will Rogers que llevó su avioneta en 1931 llena de alimentos, vacunas y medicinas, cuando el primer terremoto; nada sirvió, nada sirve si no es para el poder y el dinero. Ni la religión ni la ciencia. No hay conflicto entre ellas y tanta podredumbre. No hay discordia en la historia, sólo en la destrucción y la muerte, en la tierra, en el agua, en el aire, en el fuego, en el cuerpo del hombre. La abominación de la desolación podrida. Salgamos de aquí, alma mía, y sálvate si puedes.

